

con sus pezuñas herir el brazo á un soldado indígena. Un balazo en la espaldilla hirió como un rayo y mató al fin al furioso animal.

Durante esta escena, habían ocurrido varias peripecias. Cuando el leopardo salió de la espesura, el caballo de Burtell y de otros tres cazadores habían huído. Por buen jinete que fuese Henry, era tal el espanto de su caballo Storm, que su dueño no le pudo parar hasta después de una media legua de galopar por aquellos campos. Cuando regresó, ya el leopardo se hallaba tendido sobre un lecho de gazon, y los indígenas hacían los preparativos para cargarle sobre un elefante.

—Adelante, señores,—dijo el jefe de la expedición;—esto empieza á maravilla.

No habían trascurrido diez minutos, que uno de los perros de la jauría del mayor Werney empezó á ladrar. Como el bosque estaba repleto de caza de toda clase, los cazadores no dieron importancia, en el primer instante, á los saltos y clamores de Belley. Pero no tardó uno de los viejos canes de Mr. Larreya en hacer coro con su compañero de glorias y fatigas, mientras que los perros jóvenes aullaban lastimosamente, buscando amparo entre las piernas de los cazadores. Los elefantes mostráronse inquietos y agitaron sus largas orejas.

Mr. Larreya dió la señal de alerta: era evidente que vagaba por allí un leopardo ó un tigre. Á poco trecho vimos á otro leopardo que se escurría entre los junglares. Los cazadores se precipitaron tras el animal, llamando á los perros. Burtell hundió las espuelas en los ijares de Storm, y partió á escape, saltando sobre toda suerte de obstáculos. Por fin alcanzó á ver al leopardo, y, apuntando como pudo, disparó; pero fué en balde, porque el caballo estaba alborotado y desvió la puntería.

Todos los cazadores adelantamos resueltamente, rodeando al leopardo, que al verse cercado por todos lados se ocultó tras unos matorrales de mimosas, esperando á sus enemigos. Los criados indígenas hicieron chasquear el látigo, y los perros avanzaron sobre el leopardo. Algunos lanzáronse sobre la fiera, pero con tan mala suerte, que tres se retiraron gimoteando y cubiertos de sangre, y otro cayó muerto en el suelo. La jauría, desde aquel punto, se retiró prudentemente, contentándose con ladrar con furor y gran estrépito.

Burtell, que se hallaba en la vanguardia, se aproximó á unos treinta pasos del leopardo y bajó del caballo para apuntar con mayor pulso y seguridad; pero, apenas hubo echado el fusil á la espalda, dió el leopardo un gran salto y huyó hacia lo más espeso é intrincado de los junglares.

Henry se apresuró á hacer fuego, pero la bala sólo rozó al leopardo, que cobró nuevo aliento para la fuga. Los perros, animados por el ruido de la detonación del fusil, y más que todo por la fuga del enemigo, se precipitaron tras él; pero el leopardo desapareció entre los junglares, sin que los cazadores pudieran estorbarle el paso.

Al cabo de cerca hora y media, los perros volvieron uno á uno, salvo algunos viejos, que se obstinaron en buscar de nuevo la pista.

Acudieron en su busca los *maters*, y la comitiva siguió su camino. Durante algunos intervalos se oyeron, allá á lo lejos, los gritos y el estrépito que hacían los exploradores, tocando grandes trompas, ó bien redoblado en los tambores. También sonaron algunos tiros á derecha y á izquierda. Eran los cazadores, que, á falta de tigres, disparaban sobre los antílopes, ciervos, jabalíes y zorras.

—*Sahib*,—dijo un *shikaree* que servía de picador á Mr. Larreya;—un indígena acaba de enseñarme las huellas de un tigre enorme.

—¿Dónde?

—Allí, á doscientas yardas hacia la izquierda.

—¿Eran recientes?

—Supongo son de ayer tarde.

—¡Hum!—murmuró Mr. Larreya, después de haber examinado el terreno;—hé aquí un retiro excelente para el tigre. Yerbas secas, agua cerca, y jungles espesos. En marcha, señores.

Se dirigieron hacia el lado indicado por el *mater*.

No tardaron los perros en ladrar de nuevo, moviendo singular algazara. Los elefantes y caballos dieron también inequívocas señales de inquietud, que se acentuaron á medida que nos acercamos hacia la espesura. Al cabo de diez minutos, los cazadores veteranos estaban persuadidos que rodaba por allí algún tigre. Veíanse señales de sus pisadas á orillas de un ancho arroyo. Las huellas, grandes y vigorosamente grabadas en el húmedo suelo, pregonaban que el felino era fuerte y adulto. Un instante después descubrimos la huella de otro tigre más pequeño, que sin duda debía ser la hembra. Ambas trazas seguían idéntica dirección.

El jefe de la batida circuló entre los cazadores la orden de alerta y de no alejarse unos de otros.

Profundo silencio reinó en toda la línea, experimentando si no miedo, la más viva emoción.

Un indio descubrió, por fin, al tigre, que se refugiaba en lo más espeso de los junglares, donde era imposible penetrar á los hombres. Se rodeó este sitio, que medía

unos ciento cincuenta á doscientos pies, procurando cortar toda retirada al tigre.

Algunos cazadores dispararon al aire, pero sin otro resultado que promover mayor algazara y movimiento entre la jauría. Una docena de perros penetraron en los junglares, pero pronto los ladridos se trocaron en quejidos plañideros. Cuatro canes regresaron casi destrozados y medio muertos; tres ó cuatro más siguieron ladrando entre las malezas, mientras que otros aullaban de un modo lastimoso; los tres restantes habían sido muertos por el tigre.

Larreya y algunos intrépidos cazadores trataron de avanzar con sus elefantes; pero los junglares eran tan tupidos y espesos, que tuvieron que retroceder. Los caballos permanecieron inmóviles, á despecho de los espolazos de los jinetes.

Una docena de cipayos y de *ryats* treparon por los árboles que crecían en los linderos de los junglares, y uno de estos atalayas hizo señal de que veía algo.

—¡El tigre! ¡el tigre!—gritó señalando un sitio cercano.

—Dadle un fusil,—ordenó Mr. Larreya;—y que dispare; y por poco que roce al animal, fuerza será que salga.

Otro cipayo exclamó, que veía al tigre y á ambos les pasaron fusiles.

—Cuidado con herir á los perros,—exclamó Larreya. Acababa apenas de pronunciar estas palabras cuando sonaron dos disparos.

—¿Y bien?—preguntó el jefe.

—Nada vemos,—contestaron los indios.

—Alerta, señores,—dijo Mr. Larreya, volviéndose hacia los cazadores;—estáis demasiado próximos á los junglares, y el tigre puede caer de improviso sobre vosotros.

El aviso era oportuno, y los cazadores no lo echamos en saco roto, y sólo quedaron junto á los junglares Larreya, Craighton, Burtell y yo. El jefe tenía tal sangre fría y práctica en la caza del tigre, que podía permitirse tal arrojo; por lo que toca á nosotros, el amor propio acalló el temor y la inquietud del peligro.

Pasaron cinco ó seis minutos. Sonó un disparo á la derecha de Larreya y gritos «¡el tigre! ¡el tigre!»

Cuando se disipó la humareda del disparo, vimos que el tigre, que se había deslizado cautelosamente hacia los últimos linderos de los junglares, se lanzó, merced á un salto prodigioso, sobre el mayor Fitz-Waill.

El mayor había dejado su mejor elefante á su amigo Craighton; y el animal sobre que cabalgaba, joven é inexperto, volvió de repente grupas para huir. Cobardía

del paquidermo fué ésta, que pudo costar cara al mayor, porque el tigre clavó sus garras sobre la grupa del elefante. Por fortuna, la cabeza del terrible felino chocó violentamente contra la parte posterior del *howdah*, y sufrió golpe tan tremendo, que, á no hundir sus garras en las piernas del elefante, hubiera dado con su cuerpo al suelo.

Alborotado, ciego de dolor y miedo, el pobre paquidermo emprendió la fuga, á despecho de los esfuerzos del *mahout* para contenerle. El criado indígena *behra*, situado detrás del mayor, vióse en apurada situación. Cogido al *howdah*, é inclinándose hacia el lado opuesto al tigre, veía, casi rozando, sus fauces sanguinolentas, sus dientes amenazadores, sus ojos echando llamas, procurando llegar hasta él.

Los vivos movimientos y sacudidas del elefante esterilizaban las tentativas del tigre; pero el mayor, frío y sereno á despecho de su crítica y peligrosa situación, procuraba hallar el momento oportuno para disparar, pero la pata izquierda del felino, cogida al borde del *howdah*, inclinaba el sillón del mayor y á la vez la almohadilla sobre que estaba sentado el desdichado indio *behra*. Un instante después el indio se interpuso casi entre el tigre y el fusil.

Larreya, el capitán Craighton y yo acudimos á socorrer al mayor. Por desgracia, nuestros elefantes, á pesar de ser estimulados vigorosamente por los *mahouts*, no podían seguir la desenfrenada carrera del mayor. Los demás cazadores y sus elefantes, presos de miedo ante tan terrible espectáculo, emprendieron la fuga á la desbandada.

Henry se hallaba en un estado de febril sobreexcitación que redoblaba sus fuerzas; así es que paró su caballo con tal fuerza, que dobló sus jarretes y se lanzó como una flecha tras el mayor Fitz-Waill. Era un curioso espectáculo contemplar los saltos que daba el fogoso animal cuando su jinete quiso colocarle junto á los elefantes de Larreya y del capitán. Domado al fin á fuerza de espolazos, y por las piernas de acero del mancebo militar, adelantóse á todos los cazadores, y pronto hallóse al lado del elefante del mayor.

Dos ó tres veces el tigre había vuelto la cabeza para mirar al enemigo que le perseguía. Henry tenía forzosamente que disparar á boca de jarro al felino, so pena de herir al mayor ó al *behra*.

Pasaron cinco minutos, que parecieron un siglo á los actores de este terrible drama. El *howdah* se inclinaba cada vez más. El tigre, en fin, soltó sus garras del *howdah* y de las piernas del elefante, y se replegó sobre sí mismo, para lanzarse sobre su audaz enemigo.



Embistiendo

Por fortuna para Henry, el elefante, herido por el tigre, hizo tan brusco movimiento que la fiera erró el golpe, y en vez de caer sobre Burtell dió sobre el caballo Storm, que á su vez

cayó sobre su amo Henry. El tigre dirigióse entonces contra el infeliz caballo, rompiéndole de una manotada la columna vertebral. Burtell logró ponerse en pie, haciendo violentos esfuerzos para sacar el fusil de debajo el cuerpo del caballo.

Al ver el peligro que corría Henry, el bravo mayor saltó rápidamente de su *howdah*, con riesgo de desnucarse.

El tigre se disponía á lanzarse furioso sobre el joven oficial, cuando éste, que al fin tenía en sus



El momento crítico

manos el fusil, pudo disparar á boca de jarro los dos tiros, que dieron al tigre en mitad del pecho. Cayó el felino como herido del rayo, pero un instante después volvió á levantarse. Entonces Mr. Larreya envió al ti-

gre, desde una distancia de más de ciento ochenta pasos, una bala, que dió en el costado del felino en el instante que se disponía á saltar sobre Mr. Fitz-Wall.

En su precipitación, el bravo mayor, viejo y aun algo